

Tres mil años de sexo, lujuria y perversión

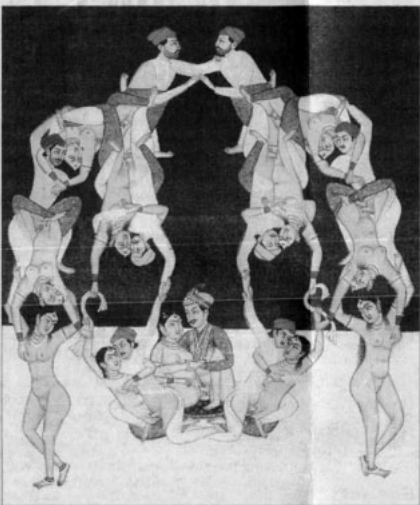
El volumen hace un lúbrico recorrido por los más excesivos placeres de la carne, desde los refinados ceremoniales griegos hasta las desenfrenadas fogatas de Rasputín, pasando por las fenomenales partusas del Papa Alejandro VI.

ALFONSO CORTINEZ T.

Quien crea que todo tiempo pasado fue mejor y que hoy vivimos en una época particularmente proclive al desfreno y a los desbandes de lujuria -por lo que pasaremos a la historia como los grandes viciosos y disolutos que se refocilaban en su propia decadencia moral-, ahora tiene una buena oportunidad para dejarse de alharacas y darse cuenta de que el mundo, desde que es mundo, ha sido escenario habitual de partusas, jaleos amoratorios y toda clase de alborotos genitales que la mente humana haya podido imaginar.

En efecto, recién publicado en Barcelona por Ediciones B, acaba de llegar a Chile el libro "Historia de las orgías", del inglés Burgo Partridge, quien describe -en breves pero sustanciosas docientas páginas- innumerables episodios de los hombres y mujeres que en todos los tiempos se han dedicado sin remilgos a la total intemperancia de la carne.

El volumen comienza con las



El mundo siempre ha sido escenario de alborotos genitales de todo tipo.

francachelas sexuales de los griegos, quienes cultivaban la orgia como medio oficialmente reconocido para liberar tensiones, a la vez que la servían como plato fuerte de sus numerosas festividades religiosas. Por supuesto, las fiestas más famosas, espléndidas y disipadas se hacían en honor a la diosa Afrodita, cuyo lugar de nacimiento, la isla chipriota de Pafos, fue un epicentro de sensualidad y lujuria desatada, pero lleno del gran refinamiento que caracterizaba los cultos griegos del amor y la belleza; hermosas muchachas bañaban cariñosamente la efígie de la diosa en el mar y la

adornaban con flores, para luego bañarse ellas mismas "en arroyos cristalinis que corrían entre matas de mirto sagrado y en hondonadas cubiertas de almendros floridos, en preparación para las inminentes orgías de amor".

Bastante menos pulcros, los romanos tenían costumbres que le pondrían la carne de gallina incluso al más degenerado de nuestros sicópatas. Burgo Partridge sostiene que "el pueblo romano ha sido el que ha emprendido el experimento orgiástico con resultados más espectaculares, pero también más despreciables". Los emperadores,

Señoritas avezadas

A fines del siglo diecisiete, Londres estaba lleno de lupanares y casas de huífa para que los petimetres y los galanes fueran a liberar sus tensiones: en el Club de Baile, por ejemplo, trabajaban señoritas muy avezadas en las artes amoratorias, como Oyster Moll, "cuya raja lacayuna está siempre bien dispuesta a correr baquetas entre un regimiento de guardias".

El fundador del club era profesor de danza y admitía a quien quisiera asistir a sus agitadas sesiones coreográficas, donde los socios "eran libres de menear el trasero y ejercitar sus miembros al ritmo de cualquier tonadilla", y así ponían, "por gracia de un baile, sus culos a tono para otro".

Quando los bailarines querían probar otras danzas, disponían de unos cuartos especiales, pero "siempre había quienes no podían permitirse ese lujo y, en consecuencia, satisfacían sus deseos en el suelo, entre los pies de los danzantes".

por cierto, eran los que llevaban la batuta de la perversión y la crueldad, como en el caso de Heliogabalo, quien celebraba -frente a los senadores y los caballeros de Roma- rituales que incluían -por lo bajo- sacrificios humanos y quemazón de genitales cercenados de adolescentes.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la juega se trasladó a las abadías, monasterios e incluso al mismísimo palacio papal. El cura Tato queda como niño de pecho al lado de sacerdotes como Arquimbaldó, que expulsó a los monjes de la abadía para darle mejores comodidades a su harén de concubinas, o Enrique III, a quien se le conocieron 65 hijos legítimos, o los monjes de Saint-Théodard, que imponían el "derecho de la primera noche" a las cándidas recién casadas. Pero el campeón de las partusas fue el Papa Alejandro VI, cabecilla de los Borgia, que solía castigar a fastuosos festines,

seductores bailes de hasta cincuenta cortesanas desnudas, competencias de coitos ininterrumpidos y espectáculos sexuales de briosos corceles en celo. En fin: qué no hizo Su Santidad.

Numerosos personajes famosos por su propensión a las diversas tentaciones del sexo continúan el lúbrico panorama de "Historia de las orgías": las andanzas del lacho Casanova, las torturas dementes del Marqués de Sade o las extrañas sesiones de magia y amor del poeta Aleister Crowley. El broche de oro lo pone el misterioso poder de seducción de Gregori Yefimovich, Rasputín, quien solía ir con sus feligreses al bosque, donde bailaban frenéticamente alrededor de una fogata, hasta que se oían gemidos y suspiros. Entonces las llamas se extinguían y, desde la oscuridad, Rasputín exclamaba: "Probad vuestras carnes".